

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. — Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. — Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece. — El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi. — Dos peregrinas poesia, por Juan Bautista Lázaro. — ¡Hey mas allá! novela por Enriqueta Lozano de Vilchez. — Correspondencia.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO

#### CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION.)

Porque, ¿ves, Enriqueta? El amor, ó lo que es lo mismo, la caridad, es la que nos hace tolerar los defectos de cuantos nos rodean, perdonar sus debilidades, mostrarnos indulgentes con sus yerros; y la madre de familia debe ser la sacerdotisa de la paz, la blanca paloma que trajo á Noé el ramo de oliva, símbolo de la alianza que reanudaba la tierra con el cielo, la celosa vestal que guardaba incesantemente el fuego divino ante el Arca sagrada. Este gracioso mito de los griegos

nos prueba, que hasta desde la mas remota antigüedad, los hombres habian creído justo divinizar el culto del hogar doméstico. La madre de familia, imagen de la benéfica naturaleza, debe combinar entre sí los mas heterogéneos elementos, amalgamar la luz y la sombra, la brisa y los huracanés, el calor y el frio, para que de su reunion, surjan las variadas estaciones, todas llenas de encanto y poesia, todas útiles al hombre!

¡Oh, si la hubieras oído, mi querida Julia, hablar así, con el acento de una íntima convicción, de una fé profunda! Si la hubieras visto, con la mirada brillante y el rostro inflamado de entusiasmo, hubieras sentido abrasarse tu alma al contacto de su puro fuego.

Medita sobre sus palabras, Julia: ¿no ves entreabrirse ante tus ojos un horizonte nuevo y esplendoroso?

### XIII.

He recibido tu carta tan cariñosa, pero tan llena de dulcísimos reproches! Qué ingrati-



tud! Te habia prometido escribirte una vez á la semana, lo hago todos los dias, y aun te quejas!

Pero benditas sean tus quejas, que me prueban tu cariño, y que los consejos de la abuela no serán perdidos para tí!

Y haces bien, porque mañana te casarás: mañana tendrás un marido bueno y amante; endrás graciosos niños á quien bendecir, de quienes ser bendecida! ¡Oh qué dichosa suerte es la nuestra, Julia! ¡Poder hacer tanto bien! ¡No emplear las nobles facultades de nuestra alma mas que en enjugar lágrimas y en arrancar sonrisas!

Pero oye de qué modo, prosiguió la abuela.

—La paz doméstica, hija mia, pende de un cabello, esta hermosa paz que no tiene precio, que vale mas, segun un antiguo cantar, que «plata y oro,» puede turbarse por la cosa mas nimia, por la cosa mas imprevista, y para conservar la ilesa, se necesita algun tacto, pero mucha, mucha caridad! En este mundo nadie es perfecto: lejos pues de buscar esa imposible perfeccion, porque si fuera así abandonaríamos nuestra cárcel para volver al cielo, debemos contentarnos con la mayor suma de aquellas cualidades morales, que inclinan la balanza hácia el bien. Sucede que, como los granos de oro, que están envueltos en cieno, hay almas bellísimas, ocultas bajo la corteza de un carácter díscolo y atrabiliario.

Entonces la madre de familia debe hacer como el esperto minero, que guarda cuidadosamente el grano del precioso metal, á pesar del cieno que le cubre.

Confieso, Julia, que me sentí aludida.

—Susana es, en efecto, un grano de oro, exclamé; pero tiene un génio insufrible!... se necesita ser de estuco para no estallar.

—¡Pero si en vez de exasperarlo se contemporiza con él!... si se le opone una bondad sin limite, pero una inflexibilidad sin límites tambien...

—No comprendo.

—Haz que Susana te respete y se forme la idea de que tu autoridad es absoluta é inflexible, al mismo tiempo de que estás animada hácia ella de los mejores sentimientos...

Enriqueta, añadió sonriendo, te aseguro que no tenia idea de aludir al lance de ayer, pero supuesto que tú te has dado por aludida, te diré que una de las cosas mas difíciles, y que sin embargo todo el mundo cree saber hacer, es mandar. ¿Cómo quieres que las cosas estén bien hechas si mandas ciento á un tiempo, si das órdenes y contraórdenes, y aturdes á los criados, cuya inteligencia naturalmente está menos desarrollada que la tuya; con la confusion de tus propias ideas? Es preciso ante todo, saber como se manda, y hasta que punto se puede mandar.

Algunos creen que los criados son unas máquinas, y que no hay mas que darles cuerda para que ejecuten sin discrepar un ápice lo que ellos imaginan, y si acontece lo contrario, juzgan que no están obligados á hacer mas que coger la máquina y arrojarla á la calle. No piensan que la máquina es un ser como ellos, que como ellos tiene debilidades, pasiones y achaques de salud; no piensan que así como hay momentos en que ellos no se hallan dispuestos para hacer nada, tambien pueden tenerlos, y acaso con mas frecuencia, esos infelices cuya suerte es dura y que carecen de educacion. Esto es falta de caridad, Enriqueta.

Los criados son, y deben ser, considerados como servidores, es decir, como personas que nos auxilian con su trabajo, pero nunca jamás como esclavos.

—Pero madre mia! exclamé ruborizándome, yo no inferí ningun agravio á Susana! Ella fué la que me insultó á mí groseramente!

—Ni la defiendes ni te acuso, ¡Enriqueta. Ella obró mal, pero tu no obraste mejor mandándola mil cosas, cuando estaba cumpliendo con su obligacion mas precisa.

—¿Para qué se tienen los criados si no se puede echar mano de ellos cuando se necesitan?

—Por Dios, no toques los extremos: tu exigencia podia haberse limitado á que remediase el desperfecto de la tinta, que era lo que mas urgía. Y sinó, tú misma lo ves; los resultados casi absolverian á Susana, si pudiera tener absolucion nunca la falta de respeto. Son



precisas, pues, dos cosas para saber mandarlas: la primera tenerles alguna consideracion, y no hostigarlos demasiado, sabiendo que son groseros, y por consiguiente menos sufridos que nosotros; la segunda infundirles tal respeto, que ni aun se ofrezca jamás á su imaginacion la idea de contradecir y revelarse.

Esto no se consigue como algunos piensan, gritando sin cesar, gruñendo, maltratándolos, porque los criados se acostumbran á esto, pierden el sentimiento de su propia dignidad, y no hallándola tampoco en quien abusa cobardemente de su posicion, se rien de las reprecensiones, y á veces se divierten en contrariar, siempre que pueden, á quien los contraria sin razon y sin justicia. Para conseguir que nos respeten, basta con una actitud digna, con una mirada severa, apenas se perciben los primeros síntomas de rebelion, porque cuando esta se ha desbordado, es muy difícil contenerla, pues como la hidra, que tiene cien cabezas se reproduce á cada instante. Perdona, pero yo creo que si ayer á los primeros movimientos de impaciencia de Susana hubieses contestado con una mirada severa, quizás no hubiera pasado adelante, aunque tambien es cierto, que antes de pretender la autoridad, es preciso basarla sobre hechos. Es preciso que los criados, para que se sometan á una obediencia pasiva, vean obrar con algun acierto al que los manda, y sobre todo, que comprendan cuál es el grado de autoridad á que este tiene derecho en la casa.

Susana no estaba acostumbrada á recibir órdenes de tí. Ayer te mostraste severa y hoy bondadosa; creo que con estas dos cosas, ya has establecido sólidamente tu imperio sobre su consideracion, y que de aqui en adelante te bastará con una actitud un poco severa, para tener á raya la irascibilidad de su carácter.

Pero con tus interrupciones, hija mia, no me dejarás acabarte de demostrar, cuál es el empleo que yo hago de mi tiempo.

Luego que hé rezado, me lavo, me peino y me visto, porque tengo por máxima infalible, que la limpieza y el aseo, además de realizar los encantos de la juventud y encubrir las deformidades de la vejez, son un justo homena-

je de respeto que rendimos á la sociedad, no ofendiendo su vista con un exterior desagradable, cuando ella procura ofrecernos en todos los objetos que nos presenta la belleza y la armonía.

Despues de haberme vestido bajo al huerto. Antonio ya tiene cogidas las hortalizas destinadas al mercado, y las apunto en el librito que tú viste en mis manos esta mañana; luego, como tú viste tambien, paso al establo, al corral, al palomar, y apunto igualmente lo que se entrega á Ruperta con este objeto. Luego...

Estaba de Dios que la abuela no habia de acabar su relacion; oímos ruido acompañado de risotadas en el patio, y ambas bajamos apresuradamente para saber lo que era. Mañana te lo contaré. Adios, quiéreme mucho.

(Continuará.)

Angela Grassi.

## DOS PEREGRINAS.

Al mediar el mes de Abril,  
que con soplo regalado  
cubre de verdor el prado  
y de flores el pensil,  
del Africa peregrinas  
por el Estrecho cruzaron  
y á nuestras costas llegaron  
á la vez, dos golondrinas.  
En la torre de un lugar,  
que está á la playa vecino,  
despues del largo camino  
pararon á descansar,  
y alegres viendose allí  
libres del mar proceloso,  
en idioma misterioso  
sé yo que hablaron así:  
—¿De dónde vienes, hermana,  
con pecho tan fatigado?  
—Del lugar más ignorado  
que hay en la tierra africana;



de un edén, de un paraíso,  
donde en próspera largueza  
la madre naturaleza  
mostrar sus primores quiso.  
De un espléndido paraje  
dó no hay nada que no asombre,  
y dónde tan solo el hombre  
es ignorante y salvaje.  
Que te pondere es en vano  
su condicion y su afrenta,  
porque es tal, que se alimenta  
con despojos de su hermano,  
y así ningún techo amigo  
pudiera un ave encontrar  
donde no hay casa ni hogar.  
—Pues ¿dónde hallastes abrigo?  
—Dióme asilo y hospedaje  
bien afectuoso y sincero  
la choza de un misionero  
en su techo de ramaje;  
que allí, donde solo van  
algunas aves del cielo,  
con caritativo celo  
esos héroes allí están.  
Y tú, hermana, ¿do pusiste  
tu nido en esta invernada?  
—Yo llegué muy fatigada.  
y le hize en sitio bien triste.  
En un inmenso arenal  
que el sol ardiente calcina,  
no sé qué mano divina  
ha fundado un hospital.  
En él con piedad se abriga  
al que le fiebre abrasó;  
en él he encontrado yo  
el alivio á mi fatiga;  
pues con toda libertad  
entré tranquila y ufana  
bajo el techo de una Hermana  
de la santa caridad;  
que allí dónde solo van  
las errantes golondrinas,  
esas nobles heroínas  
con sus tocas, allí están.  
¿Y afable te despidió  
sin duda el buen misionero?  
—Casi recordarlo quiero;  
más escucha: cuando vió  
que el sol tropical quemaba,  
y en la suya mi fatiga  
pudo comprender, «Amiga,  
ya tu hospedaje se acaba;  
nos vamos á separar,  
(dijo un día sonriendo);  
con este fuego voy viendo  
que ya tienes que emigrar.

Huye el mortífero sol,  
porque peligra tu vida;  
vuelve á mi patria querida,  
vuelve á aquel suelo español;  
y te tengo que envidiar  
esas alas, golondrina,  
que puedes ir peregrina  
á mi Virgen del Pilar.  
«Adios; si su templo ves,  
dile, avecilla devota,  
que allá en tierra muy remota  
has visto un aragonés  
que pretende en su delirio,  
si tanta dicha le toca,  
tener su nombre en la boca,  
al recibir el martirio.»  
Y prosternado de hinojos  
le dejé, porque partí  
llena de afán cuando ví  
brotar el llanto en sus ojos.  
Y la hermana ¿qué te dijo  
al despedirse de tí?  
—No sé si llorar la ví,  
pero sé que me bendijo.  
Sé que una hermosa mañana,  
cuando el calor se sintió,  
«Vé á Montserrat,» exclamó,  
corriendo á abrir la ventana;  
«véte; que ya el Milenario  
de mi Virgen se aproxima,  
y allá en la robusta cima  
te aguarda su campanario;  
vé y dí que en tierras extrañas  
te recibió carinosa  
una pobre Religiosa  
hija de aquellas montañas;  
dí que llevas la mision  
de besar su pié por mí,  
y que, si me quedo aquí,  
está allí mi corazón.»

Y de su entusiasmo en pos  
apartó la blanca toca,  
llevó su mano á la boca  
y dijo besando: «adios.»

Después de tales razones  
las aves se despidieron,  
y el manso vuelo tendieron  
por las celestes regiones.

Pero al tiempo de volar  
sin vacilacion alguna,  
«A Montserrat,» dijo una,  
y la otra dijo: «Al Pilar.»

Y el pájaro peregrino  
que de ello cuenta me dió  
me dijo que allá las vió,  
cada cual en su destino.



Y así, por la historia ésta.  
sé yo sin ningún desvelo  
que hasta las aves del cielo  
tomaron parte en la fiesta.

Juan Bautista Lázaro.

## ¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

La niña le tomó: buscó en el un instante, y leyó la firma con lentitud, apoyó sus labios en ella, la besó con respeto, y después arrojó aquel papel al fuego con un movimiento rápido y resuelto.

—¿Qué haces? preguntó el padre Antonio sorprendido, ¿qué haces?

—Si mi padre viviera, hubiera corrido á su lado y le hubiera suplicado de rodillas que viniera aquí, que nos amásemos todos, y que... hoy que sé que ha muerto, para qué quiero ya esa carta?

—¿Cómo!

—Ella servía para recordar al señor Marqués la última voluntad de su hijo, y en todo caso con ella podías... El padre Antonio no pudo acabar porque don Luis se apresuró á decir:

—Mi señor desea recoger á esta niña, y estoy seguro que cuando la vea, concluirá por amarla.

—Oh! yo no saldré jamás de aquí!

—¿Qué dice V.?

—La verdad.

—Recuerde V. que es pobre, que...

—Pobre he sido siempre, y estoy acostumbrada á ello.

—Y ¿qué diré al señor Marqués cuando me pregunte...

—Dígale V. que pediré á Dios todos los días por su felicidad y por su bien! que tendrá una parte de mis oraciones.... es lo único que le puedo dar.

Don Luis llevó la mano á los ojos; quizá el viento había dejado en ellos un imperceptible grano de arena, lo cual los había humedecido, arrancándoles una lágrima.

Sí: eso debía ser porque don Luis no había llorado nunca.

En vista de la actitud resuelta de Nina, el en-

cargado del Marqués tuvo que resignarse á partir solo.

Sin saber por qué, estaba triste y mal humorado.

Sin pensarlo se había interesado por aquella niña á quien acababa de ver por vez primera, y hubiera querido que estuviese en su mano mejorar en algo su suerte.

Al despedirse para buscar su carruaje y salir definitivamente del pueblo, se acercó á ella y le dijo con voz mas dulce de lo que hubiera podido suponerse en él.

—Me marcho con pena porque la dejo á usted aquí.

—Oh! no: ahora soy más feliz que antes: era huérfana, ahora tengo familia.

—Y.... ¿no pudiera yo hacer algo en favor de usted?

—No: dijo Nina, nada deseo.

Pero cuando don Luis se dirigió á la puerta, aprovechó un momento oportuno y murmuró casi á su oído:

—Yo creo que en las grandes ciudades se acostumbra mucho el tener en todas partes reproducida la imagen de las personas cuando viven, ¿es verdad?

—Sí, eso es muy fácil: hoy todos lo hacen.

—Pues bien, dijo la niña; yo sería muy dichosa con poseer un retrato de mi padre, sin que nadie lo supiera.

—Yo se lo mandaré al señor cura para que se lo entregue muy en breve, se lo juro á V. hija mía.

—Gracias, murmuró Nina muy bajo. Y después cuando volvió al lado de Agustín.

—Gracias! repitió, Dios mío, ya tengo padre!

—Con que no quieres abandonarme? es verdad? exclamó el anciano con profunda emoción.

—Nunca! dijo ella con rapidéz.

—Has pensado lo que pierdes?

—Solo he pensado lo que gano.

—Tú!

—Sí, ¿le parece á V. poco poder decir «tengo familia»?

—Somos tan pobres!

—Oh! seré rica de afecto, porque V. me amará siempre, ¿es verdad?

El mendigo cogió la cabeza de Nina y besó su frente con delirante ternura.

—Padre mío, yo quisiera.... yo quisiera que hoy...

—Habla, dijeron á un tiempo Agustín y el padre Antonio, que aun permanecía allí

—Yo le suplico que me de su bendición, y así mi madre será feliz en el cielo!

—Bendita seas tu, y bendita sea ella que te dió la vida y te mandó á mi lado, hija mía! es-



clamó el mendigo con una esplosion de llanto, En aquel instante la puerta se abrió y Lucía apareció en el dintel.

La niña corrió hacia ella y se precipitó en sus brazos diciéndole con afán.

—Oh! por algo te daba yo el nombre de madre, ven, ven y sabrás lo que somos las dos.

En tanto el mendigo apretando la mano del sacerdote le decia sin cuidarse de enjugar su llanto.

—Oh! tenia V. razon señor cura, existen los ángeles, existe Dios! Y debe haber un más allá donde sea feliz esa niña.

## VI.

Pasaron algunos dias.

Todo seguia lo mismo en aquella humilde morada.

La pobreza era igual.

Solamente se habia aumentado el cariño que ligaba á aquellos tres corazones.

Nina iba menos á la ciudad á vender flores ó frutas, pero trabajaba más en el pueblo.

Todos la ocupaban en aquello que sus fuerzas alcanzaban, y la niña servía á los que la llamaban con una buena voluntad y un esmero indecibles.

Lucía que habia llorado en silencio y por largo tiempo á su hermana, prodigaba á la niña todo el afecto de su corazon, y puede decirse que Nina era su vida y su esperanza y su alegría.

Agustin la amaba tambien.

La amaba con locura.

Solo á la niña era dado hacer asomar una sonrisa á sus lábios y una palabra dulce á su boca.

Sin embargo, cuando la veia tan pálida, tan delgada, sufriendo tanto y trabajando de tal modo, su espiritu se agitaba y su frente se cubria de nubes sombrías como una noche de tempestad.

La injusticia de los hombres la traducia en su ignorancia, por injusticia de Dios, y aunque como habia dicho, creia en los ángeles, su alma permanecia cerrada á los inefables consuelos de la esperanza, y la rasionacion y el amor.

Nina sin embargo no desconfiaba de su empeño, é inspirada por el sábio y bondadoso sacerdote pedia continuamente á Dios por su abuelo, tan pobre de felicidad en este mundo, y próximo á perderla para siempre en el otro.

Nina ignorante de lo que era dicha en la tierra, no echaba de menos aquellos bienes á que tan sencillamente habia renunciado, pero sí se

apenaba y sufría viendo á su abuelo resistir á su ejemplo y rehusar los consuelos que la religion le podia dar.

El padre Antonio la animaba y la daba esperanzas, empeñándola cada dia más en su generoso propósito.

—Tú eres un ángel la decia, y tarde ó temprano guiarás ese espíritu á Dios. Por algo estás á su lado, por algo el cielo te ha colocado junto á él.

Y procuraba ilustrar á la niña y procuraba iluminar su mente y derramar en ella la hermosa luz de la ciencia y la fé.

Todos los momentos que Nina tenia desocupados los consagraba á los libros, y á aquellas lecturas escojidas por el padre Antonio, no solo desarrollaban su ingenio, sino que fortalecian su alma y la daban mayor grado de abnegacion, de superioridad y de grandeza.

En cuanto al Marqués del Prado, irritado con la negativa de su nieta, ofendido con lo que él llamaba su ingratitud, ni habia querido hablar de ella más, ni escuchar á don Luis cuando este le relataba su entrevista con Nina, disculpándola, y aun admirando el desinterés con que habia aceptado las privaciones y los trabajos por no separarse de sus bienhechores.

El señor de Vidal, fiel á su promesa, habia enviado secretamente al padre Antonio el retrato que Nina habia deseado poseer, y la niña habia derramado muchas ardientes lágrimas, contemplando en silencio la imagen del que le habia dado la vida.

Oh! la pobre criatura miraba aquel rostro y aquellas facciones con el mismo respeto que las de un santo, porque ¡ay! efectivamente no tenia de su padre más que lo que tenemos de Dios, una creencia cierta y una imagen adorada.

En medio de aquella existencia monótona y trabajosa pero tranquila y casi feliz para ella, pasó la primavera y pasó el estío, apareciendo tras los vientos del otoño, los frios dias del invierno.

Ya dijimos antes el poderoso encanto que Nina poseia en la voz.

Ya dijimos que en su privilegiada garganta, encerrabas todas armonías que el ruiseñor esparce en los bosques y la naturaleza en sus rumores.

El pequeño pueblo creyente y entusiasta por las glorias de su madre la santa Virgen sin mancha, quiso demostrarle su amor en los nueve dias precedentes á su Concepcion Inmaculada.

Flores, perfumes, encages, luces, todo cuanto pudo reunirse de más hermoso y delicado se aglomeró al pie del altar.

Economías reunidas á fuerza de privaciones,



de sudores y de trabajo, vinieron á probar á la Madre el amor infinito de los hijos! Las funciones religiosas debian exceder á cuantas el pueblo habia presenciado hasta entonces.

El padre Antonio hizo venir de Madrid una magnífica orquesta, pero quiso tambien que la voz de Nina se mezclase á ella para cantar las alabanzas de María.

La niña cedió gustosa á sus deseos, porque en aquellos cantos se exalaba toda su alma.

Llegó el día fijado.

La iglesia estaba llena de fieles, y resplandeciente de luz y de aromas.

El sacerdote habia dirigido la palabra á su auditorio con una unción y una fé inenarrables.

Al referir las grandezas y el amor y las glorias de María, habia estado sublime y todos los corazones palpitaban conmovidos, y todos los ojos vertian lágrimas!

Nina pobremente vestida, pero humilde y modesta y llena de recojimiento, habia escuchado aquellas frases inspiradas, y reconcentrado en ellas su espíritu.

Sin pensarlo, sin saber como, habia seguido con su pensamiento el pensamiento del sagrado orador, y merced á su fé, á su entusiasmo, á su amor, habia penetrado en las moradas celestiales y habia visto radiante de hermosura de piedad y de encanto, á la bendita Madre de Dios.

Sus miradas estaban estáticas y fijas en el altar.

Sus labios se movian pronunciando frases que solo Dios podia entender.

Su alma de ángel, identificándose con aquella imagen, con aquella armonía, con aquellos santos, se elevaba hasta el cielo pensando en su madre, en su padre, en Dios.

Oh! ella creía verlos á todos sonreirla y enviarla su bendición.

La misa seguía entre tanto.

Las armonías del órgano se escuchaban en torno.

Los ecos de la gran orquesta mezclaban sus notas sonoras á las plegarias de los fieles.

Nina sintió que la tocaban en el hombro sacándola de su abstracción.

Era el padre Antonio que la llamaba para conducirla junto al órgano.

La niña le siguió absorta en sus propios sentimientos.

El viejo organista la habia enseñado una plegaria á la Virgen, que Nina debia cantar al final de la Misa.

La música era sencilla, las frases tiernas y suaves.

Nina empezó su canto.

A poco sus ojos se llenaron de lágrimas, cruzó sus manos sobre el pecho con fervoroso ademán, y no cantó, sino habló con Dios en su plegaria.

Jamás voz humana ha modulado un eco más tierno, más hermoso.

Jamás á mayor sentimiento se ha mezclado más grande fé.

Aquella voz dominaba, conmovia hacia sentir.

Todos cuantos la escuchaban estaban sujetos á su poder y experimentaban las mismas sensaciones que dominaban á la cantora.

Nina no comprendia lo que habia hecho, no tenia conciencia de su valor.

Tan poco podian apreciarle los sencillos campesinos que la escuchaban. Solo un hombre juzgaba con acierto del mérito de aquella criatura.

Solo un artista podia calcular cuanto valian aquella garganta, aquella voz, aquella expresión.

Este hombre era el maestro Adrianesi compositor y maestro director de la orquesta, que habia venido al pueblo desde la Corte.

Este hombre, poseído de un inmenso amor hacia su arte, quedó sorprendido al escuchar á Nina, y vió en ella una perla escondida, un diamante destinado quizá á eclipsar con su brillo á las notabilidades más decantadas de España.

Cuando acabó la función religiosa, el maestro Adrianesi se dirigió al padre Antonio preguntándole con interés.

—Digame V., señor cura, ¿quien es esa jóven que ha cantado la plegaria que acabamos de oír, y qué maestro la ha enseñado á expresar de ese modo?

El padre Antonio sonrió bondadosamente, y dijo con una sencillez indescriptible.

—Comprendo lo que quiere V. decir, le sorprende que un día como este se haya permitido á Nina alzar su voz sin arte ni maestría en medio de la Iglesia en donde Vds. han lucido su hermosa música y las bellezas de su armonía sagrada, pero ¿qué quiere V.? á esa pobre niña la queremos todos, y nos complace el oírla, pues creemos que su humilde acento interpreta el amor de nuestros corazones y la fé de nuestros espíritus.

—Esa niña es una joya inapreciable y su maestro debe estar orgulloso de ella.

—Su maestro, su maestro.... Bah! no lo tiene. Solo el pobre organista, un anciano tan ignorante como ella es quien le ha dado algunas lecciones.

—Es posible!

—Es la verdad.

—Y los padres de esa niña ¿porque no la enseñan? porque no cultivan las dotes que Dios la ha concedido?



—Son muy pobres, y además que ignoran la clase de mérito que Nina puede tener.

El maestro se quedó un instante pensativo é inmóvil, y despues exclamó dirigiendosse al sacerdote.

—Tuviera V. la bondad de presentarme á su madre?

—Oh! no la tiene! murmuró el padre Antonio tristemente, vive con su abuelo, un pobre viejo casi mendigo, y sin recurso alguno.

—Lo mismo dá! Quisiera hablar con él y sobre todo con esa niña.

—Oh! es lo más fácil, aun estará en la iglesia, estoy cierto de ello.

—Entonces....

—Espere V. un solo instante.

El anciano maestro permaneció en la modesta sacristia mientras sus compañeros se dirijian á las casas que les estaban destinadas, y el sacerdote penetró en la iglesia dirijiendo una mirada en derredor.

Pocos fieles quedaban ya en el templo, pues hacia tiempo que la misa se habia concluido, y por consiguiente era fácil distinguirlos de una ojeada.

El ministro de Dios no se habia engañado. Nina estaba de rodillas ante la imágen de la Virgen.

Allí rezaba aun, allí buscaba alegrías y esperanza y amor.

El padre Antonio la hizo una seña imperceptible y la niña obediente siempre á aquella voz, se levantó y se acercó á su constante protector que le dijo muy bajo:

—Ven.

(Continuad.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## CORRESPONDENCIA.

*Calabuig.* Señor don J. T., en nuestro poder los 52 rs., deja pagado hasta fin de diciembre del 79.

*Lugo.* Señora doña A. P. de O., recibí los 24 rs., deja pagado hasta fin de abril del 81.

*Tejares.* Señor don F. L., con los 24 rs. que nos ha enviado doña C. F., deja pagado hasta fin de abril del 80.

*Guillena.* Señor don E. R., remitimos á doña T. C. los números que le faltan.

*Montilla.* Señor don J. P., recibidos los 16 rs.

*Torres.* Señora doña G. E., recibidos los 40 rs. dejando abonado hasta fin de diciembre del 80.

*Villavelazco.* Señor don F. R., recibí los 24 rs., abonado hasta fin de abril del 80.

*Carmona.* Señoradña T. G., recibidos los 16 rs., y estamos conforme con su cuenta.

*Sevilla.* Señora doña J. C., remitimos los números que le faltan. Tiene abonada la suscripcion hasta fin de enero del 80.

*Corral de Calatrava.* Señora doña C. S. y F., recibí los 8 rs., deja pagado hasta fin de agosto del 79. Envienos la nota de los números que le faltan y se los remitiremos.

*Jeréz de la Frontera.* Señor don P. Ll. Con los 32 rs. que envia deja pagado hasta fin de diciembre del 80.

*Málaga.* Señora doña A. C. G., con los 36 rs. que envia deja abonado hasta fin de abril del 81.

*Paterna del Campo.* Señora doña D. M., recibidos los 12 rs. abonado hasta fin de octubre del 80.

*Segovia.* Señor don M. G. M., anoiada la suscripcion; deja abonado hasta fin de junio del 80.

*Tarifa.* Señora doña A. de V., recibí los 4 rs., deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

*Antequera.* Señora doña C. B. recibidas las 3 pesetas. Está agotada la edicion del año 75.

*Barbatona.* Señor don B. B., recibidos los 16 rs. con los cuales deja pagado hasta fin de diciembre del 79. Mucho me alegro de su restablecimiento.

*Sevilla.* Señora doña J. de la B., recibí los 20 rs., queda abonado, tanto usted como doña E. G. A. hasta fin de enero del 80.

*Palomero de Orvigo.* Señora doña A. F., recibí los 12 rs., deja pagado hasta fin de agosto del 80.

*Gibraltar.* Señor don P. P., anotados los 20 rs.

*Huesca.* Señor don J. de S. y B., con los 16 rs. deja abonado hasta fin diciembre del 79.

*Toro.* Señora doña C. H., recibidos 21 rs., deja pagado hasta fin de abril del 81.

*Jaraiz.* Señor don C. P., en nuestro poder los 24 rs. de las colecciones. La revista la tiene abonada hasta fin de abril del 80.

*Huesca.* Señora doña M. B., recibidos los 52 rs., deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

*Peñalba.* Señor don J. M. J., recibí los 16 rs. Fíjese bien y verá como no le falta lo que dice. Tiene recibido desde primero de mayo del 79, hasta fin de diciembre del mismo 64 números, y 32 que publicaremos en los cuatro primeros meses del año 80, ó sea hasta fin de abril hacen los 96 que damos en todo el año.

*Avilés.* Señora doña L. S., deja abonada la revista hasta fin de diciembre del 80 con los 52 rs. que envia.

*Fetiz.* (Canarias.) Señor don F. S. H., anotados los 3 rs.

*Laguna.* Señora doña C. M., con los 8 rs. que envia deja pagada la suscripcion hasta fin de agosto del 80.

*Ayamonte.* Señora doña M. G. F., tiene usted abonado hasta fin de diciembre del 79.

*Darnius.* Señora doña M. B. en nuestro poder los 32 rs., con los que deja pagado hasta fin de diciembre del 80.

La Directora.

Granana:—Imprenta de «La Madre de Familia.»